



México. — Patio principal del Palacio Nacional

## LIBRO TERCERO

LA REPÚBLICA

I

LA ANARQUÍA

(1825-1848)

CAPÍTULO PRIMERO

EL IMPERIO

(1821-1823)

EL GOBIERNO NUEVO; EL HOMBRE PROVIDENCIAL; LAS DIFICULTADES FINANCIERAS,  
LOS PARTIDOS RUDIMENTARIOS. ITURBIDE EMPERADOR. EL CONGRESO; LA REVOLUCIÓN REPUBLICANA;  
ABDICACIÓN Y FIN DE ITURBIDE

Los pueblos acostumbrados á esperarlo todo ó á percibir en todo una intervención directa de la Providencia (¿y cuál pueblo no tiene esta inclinación?), ven en los triunfadores, geniales ó afortunados, unos verdaderos Mesías; ésta era la creencia ingenuamente expresada por la *Junta gubernativa*, instalada conforme al plan de Iguala y tratados de Córdoba (en ella figuraron O'Donjú y otros españoles conspicuos), en este párrafo del *Acta de Independencia*.

*dencia del Imperio:* «La Nación mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido. Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable que un genio superior á toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó al cabo arrollando obstáculos casi insuperables.»

No, la nación mexicana no tenía trescientos años de vida, sino de laboriosa y deficiente gestación: en los once años de la lucha había venido á la luz, como nacen las naciones, al adquirir conciencia de sí mismas; no, Iturbide no era un genio superior, fué un hombre afortunado que hizo á su país un incomparable, un supremo servicio, y entró después en la sombra del desacierto y el infortunio, que no bastó á disipar el efímero esplendor de una corona, pero que iluminó en su tumba la piedad y la gratitud de la Patria. Eso que decía *la Junta* lo pensaba el pueblo entero; sólo el grupo de españoles ó mexicanos constitucionalistas callaba con cierta ironía y se disponía á romper los pies de arcilla del ídolo.

Como la forma de gobierno era *el Imperio* y el trono vacaba de hecho mientras el emperador condicionalmente nombrado, Don Fernando VII de España, dictaba su resolución, nombróse una regencia que presidió Iturbide y de la que formó parte, momentáneamente, O'Donojú, muerto en esos mismos días y reemplazado por el obispo de Puebla, Pérez, rector desahogado en España, entusiasta por la independencia aquí, en odio á los liberales, y hombre de marcada inferioridad moral en todas partes. Organizóse así el gobierno, pero no la situación; la necesidad de pagar sus haberes al ejército trigárate, á los regimientos españoles capitulados, de sostener los gastos duplicados de la administración, cuando el país estaba absolutamente agotado y seguía esquilado en detalle por los jefes preponderantes en las provincias; cuando, con la más generosa y absoluta de las imprevisiones, se habían suprimido los impuestos directos á los indígenas y otros importantes, y Veracruz, el principal puerto de importación posible, estaba dominado por los cañones del comandante español Dávila, que tenía su aduana en Ulúa, hacía realmente imposible la vida administrativa del imperio. Recurrir á la venta de los bienes confiscados á los jesuitas, que no habría sido mal expediente para lograr un respiro y establecer algo normal, no podía ser, porque la opinión en favor del restablecimiento de la Compañía era casi unánime en el país y llovían las peticiones en este sentido. ¿Qué hacer?

Elecciones para el constituyente que exigía el plan de Iguala; eso iba á remediarlo todo. Reunióse el Congreso; la regencia le rindió parias, los ministros lo trataron como á una divinidad; se le llamó V. M., y la asamblea declaró que en ella residía la soberanía, que delegó parcialmente en un ejecutivo (la regencia) y en un poder judicial, conforme á los ritos de las nuevas escuelas políticas. Todo parecía indicar, en aquellos días de esperanza, que los males eran pasajeros, que tocaban á su término. La situación económica era negra, pero la política parecía aclararse: los empleados, los magistrados, los oficiales españoles que no se consideraron capaces de pactar con el nuevo imperio obediencia y adhesión, abandonaron sus puestos y el territorio, como muchos españoles ricos lo habían hecho y otros se disponían á hacerlo; los que habían seguido la nueva bandera, por falta de recursos unos ó por interés personal otros, parecieron incapaces de deslealtad á su nueva patria y la mayor parte de ellos lo demostró así. El Imperio se redondeaba; la península de Yucatán, que, políticamente independiente del virreinato, había tenido su historia propia, bien agitada y

dramática por cierto, que se había mantenido apartada del movimiento de emancipación nacional, pero que, en cambio, había sido un foco de emancipación intelectual, á pesar de que sus intereses económicos eran opuestos á los del nuevo imperio, se adhirió á él espontáneamente, facilitando la transición las mismas autoridades españolas. Chiapas, en donde la influencia del clero era absoluta, fué desde temprano un centro activísimo de propaganda anticonstitucional y, por ende, el plan de Iguala, interpretado por muchos en sentido exclusivamente contra-revolucionario, tuvo allí mucho eco, lo mismo que en algunos pueblos de Guatemala; de aquí un movimiento irresistible en favor de la independencia y de la unión al imperio mexicano; en las provincias centro-americanas este sentimiento, muy pronunciado en unas, era débil en otras, como Guatemala y el Salvador, en donde se formó un considerable grupo de patriotas que obtuvo una declaración absoluta de independencia (15 de Septiembre de 1822). Pero las tropas mexicanas fueron ocupando el país; las adhesiones á México se multiplicaron, publicáronse las convocatorias para elecciones al Congreso del Imperio, verificáronse éstas, y Centro América formó parte de la nueva gran entidad hispano-americana del Septentrión, como solía decirse entonces.



D. José María Fagoaga

En el Congreso se notaba cierta anarquía, propia de la edad de la nueva nación y de las instituciones parlamentarias en un país que hasta hacía poco no había soñado tenerlas; todo era sorpresa, curiosidad, interés, duda é inexperiencia; los que habían formado parte de las cortes españolas, los que habían viajado por el extranjero, los que habían leído los libros políticos, eran los maestros y guías de la nueva Asamblea. Pronto se esbozaron grupos de tendencias bien diversas: los que no perdonaban á Iturbide la Independencia (á este grupo pertenecía el mismo presidente del Congreso, Odoardo); los que no le perdonaban haber frustrado en Iguala el ensayo de aclimatación de la constitución española en el virreinato (Fagoaga era el jefe de esta facción); unidos á éstos, que se llamaron españoles ó borbonistas, es decir, que contaban con que un príncipe de la familia real de España aceptase el trono, los republicanos, es decir, los que consideraban el plan de Iguala como una transacción vergonzosa con España (como si hubiese podido hacerse otra cosa) y esperaban que, al ser rechazados los tratados de Córdoba en España, se estableciesen aquí gobiernos parecidos á los que en los otros países americanos existían; éstos odiaban á Iturbide por su antiguo odio á *los insurgentes*, á los luchadores de la época